

EL TRATADO DE CHARLES ROLLIN: *DE LA MANIÈRE D'ENSEIGNER ET D'ÉTUudier LES BELLES-LETTRES*, CANTO DEL CISNE DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS¹

*The treatise De la manière d'enseigner et d'étudier
les Belles-Lettres by Charles Rollin is a swan's
song of classic studies*

Concepción CÁRCELES LABORDE
Universidad de Navarra
Correo-e: carceles@unav.es

Recepción: 30 de marzo de 2012. Envío a informantes: 5 de abril de 2012.

Fecha de aceptación definitiva: 1 de mayo de 2012

Biblid. [0212-0267 (2012) 31; 105-119]

RESUMEN: Charles Rollin (1661-1741), profesor y rector de la Universidad de París, escribió a comienzos del siglo XVIII una obra, *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres*, que alcanzó numerosas ediciones en diversos idiomas. El éxito radicó en la moderación con la que Rollin defendió el programa de estudios clásicos, vigente en la Facultad de Artes, dando respuesta, a la vez, a los requerimientos de la sociedad moderna. Con profundo sentido educativo, mantuvo el principio esencial de la formación humanística, hacer mejor a la persona intelectual, moral y religiosamente, pero también introdujo cambios sustanciales en el currículo, tendentes sobre todo a mitigar sus dificultades y a darle una orientación práctica. Al igual que su autor, la obra gozó de un gran prestigio en los medios académicos. Durante más de siglo y medio, exceptuando el periodo revolucionario, se estuvo editando en Francia hasta que, a finales del XIX, el amable Rollin y su *Traité des études* pasaron a la historia, al igual que el modelo de secundaria que sustentaron.

El trabajo, basado en el estudio de la obra, pretende profundizar en la evolución moderna de los estudios humanísticos.

PALABRAS CLAVE: Charles Rollin, Humanismo, Humanidades, Facultad de Artes, Belles-Lettres, estudios clásicos.

¹ El presente artículo se ha escrito dentro del marco de investigación auspiciado por el Grupo de Estudios Medievales y Renacentistas (GEMYR) y está financiado por el proyecto EDU 2008-02400.

ABSTRACT: Charles Rollin (1661-1741), professor and Chancellor of the University of Paris, wrote at the beginning of 18th century *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres* a book that was then translated into several languages and reprinted many times. The success of this work was due to the moderate thought and language used in reference to the classical studies program at the School of Arts in Paris. Rollin had a profound educational sense, so he kept up the essential principle of humanistic formation, i.e. to ameliorate intellectual, ethical, and religious dimensions of each student. Furthermore, he introduced some substantial changes in the curriculum, aiming at mitigating its excessively difficult aspects and to give it a practical orientation. In parallel to the prestige of its author, the book was reprinted for near 150 years (excepting the revolutionary period). Nevertheless, at the end of 19th century Rollin, his work, and the model of secondary education supported by him passed into oblivion. The present paper, based on the study of the work, aims to contribute to the knowledge of modern evolution of humanistic studies.

KEY WORDS: Charles Rollin, Humanism, Humanities, School of Arts, Belles-Lettres, classic studies.

Introducción

CHARLES ROLLIN (1661-1741) FUE CONSIDERADO durante más de un siglo como uno de los mejores pedagogos europeos. Formado desde niño en la Universidad de París («Educatus in sinu vestro a pueritia» [*De la manière*, 1765, I, IV]), le consagró los mejores años de su vida.

La antigua institución languidecía, cuando a comienzos del siglo XVIII, bajo la regencia del duque de Orleans, se decretó la gratuidad de la enseñanza en la Facultad de Artes. Esta medida le permitió competir con otras academias, especialmente con la de los jesuitas, así como dignificar al cuerpo docente fijándole unos salarios. El respaldo de la monarquía, que había salvado a la universidad en uno de sus momentos más críticos, fue muy celebrado y produjo numerosas muestras públicas de agradecimiento, entre ellas un *Discurso* de Rollin (1719), preludio de su famoso tratado educativo, *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres par rapport à l'esprit et au coeur* (1726-1728). Con esta obra, encargada por las autoridades académicas, Rollin quiso dar a conocer la labor secular de los profesores universitarios y afianzar el proceso de recuperación iniciado, introduciendo una cierta modernización en el clásico programa de la Facultad de Artes. En una época que transformó la mentalidad europea, Rollin trató así de mantener lo mejor de la tradición cultural y, a la vez, adaptarla a las exigencias de los tiempos. Por ello, su tratado, que tanto éxito y tanta difusión alcanzó durante siglo y medio, antes de caer en el olvido, supera la descripción para convertirse en una de las más bellas interpretaciones de la imperecedera bondad y flexibilidad de los estudios humanísticos justo cuando iniciaban su declive.

Datos biográficos

Charles Rollin nació en París, en 1661; fue el segundo hijo de Pierre Rollin, maestro cuchillero. Cuando tenía nueve años, un benedictino, al que ayudaba a

misa, le consiguió una beca para uno de los colegios más antiguos de París, el llamado de los *Dieciocho*. Continuó sus estudios en el prestigioso *Collège du Plessis*, donde recibió los elogios y la estima de su profesor de retórica, Marc-Antoine Hersan, quien lo formó para ser su sucesor. Los dos años de filosofía no fueron tan brillantes y, con su habitual modestia, Rollin reconoció que no se había dedicado a ella en profundidad. Durante tres años hizo también cursos de teología en la Sorbona; por el mismo tiempo, recibió la tonsura, llevó una vida verdaderamente piadosa e incluso vistió el hábito —al igual que otros tantos profesores universitarios como el propio Hersan, Coffin o Crévier—, pero no se sintió llamado al sacerdocio.

En 1683, terminados sus estudios, sucedió a Hersan como profesor de segunda² y, en 1687, de retórica en el Plessis, cargo que ocupó durante diez años. También dio algún curso de elocuencia latina en el *Collège Royal* (1688). En 1693, año en que dejó el Plessis, visitó Port-Royal. Fue entonces cuando se supone que abrazó las doctrinas jansenistas que defendió hasta el fin de su vida. En 1694, fue elegido rector de la Universidad de París. Durante su primer año, algunas de las medidas adoptadas fueron la supresión de representaciones teatrales en los colegios, la exigencia de certificados de moralidad a los maestros de Artes y la confirmación de la autoridad y dignidad del rector, debilitadas en la época. El segundo año al frente del Rectorado visitó quince colegios, de los treinta y seis que conformaban la Universidad de París, especialmente preocupado por la vida de piedad de los alumnos.

Por prestar un servicio, se hizo cargo de la dirección del *Collège de Beauvais* que, casi desierto, se pobló de nuevos escolares. Esta experiencia, a la que se dedicó por completo, estuvo también llena de dificultades. Las reflexiones que estas situaciones le suscitaron son las que se encuentran después en el último libro de su tratado. Durante quince años permaneció al frente del Beauvais, hasta que, acusado de jansenista, tuvo que abandonarlo tras confiárselo a Charles Coffin. Este retiro le permitió hacer la traducción de Quintiliano. La universidad, sin embargo, no lo olvidó y además de nombrarlo procurador de la nación de Francia³, le encargó, como se ha dicho, el discurso de agradecimiento por el decreto de 1719 y, finalmente, por deliberación en sesión de 13 de enero de 1720, la elaboración de un tratado donde se recogieran las prácticas tradicionales del oficio universitario. El mismo año, en octubre, fue reelegido rector, cargo del que fue desposeído en diciembre a causa de un discurso en el que elogiaba a la universidad por haber rechazado la recepción de la bula *Unigenitus* del papa Clemente XI (1713)⁴. Desde dicha fecha hasta su muerte, Rollin se dedicó con enorme fortuna a escribir sus monumentales obras. En 1741, tras una vida de profunda piedad, murió serenamente a la edad de ochenta años.

² Segunda y tercera eran en el programa de la Facultad de Artes, tras sexta, quinta y cuarta —los tres cursos gramaticales—, el título dado a los dos niveles previos a la retórica, destinados básicamente a la lectura de los autores clásicos.

³ Una de las cuatro naciones —Francia, Picardía, Normandía y Alemania— en las que se dividía la Facultad de Artes de París, según el área de procedencia de los alumnos.

⁴ De acuerdo con una *Memoria*, redactada en 1739 y conservada por su discípulo Crévier, el temor de Rollin era que los colegios, los seminarios, en definitiva la Universidad, cayeran en manos de ultramontanos y molinistas, a su juicio personas sin arraigo y sin formación, ajenos a la familia universitaria. Cfr. GAZIER, A.: «Rollin, défenseur de l'Université contra les jésuites», en *Melanges de littérature et d'histoire*, París, Armand Colin, pp. 183-193.

Génesis e impacto del tratado de estudios

Todos los libros de Rollin son fruto de su vida académica y de su dedicación a la docencia, por lo que, en cierto sentido, tienen un carácter educativo. Su primera publicación fue la traducción al francés de una selección de las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano (1715), «acomodadas al uso escolar». Años más tarde comenzó su gran obra pedagógica, *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres par rapport à l'esprit et au cœur* (1726-1728. París, J. Estienne). Tres años después, apareció el primer volumen de su ingente tratado sobre la historia de los imperios antiguos, exceptuando el de Roma que quiso reservar para más tarde, *Histoire ancienne des égyptiens, des carthaginois, des assyriens, des babyloniens, des medes et des perses, des macedoniens, des grecs* (1731-1738. París: V. d'Estienne). Esta fue, sin duda, la culminación de toda su trayectoria intelectual y la obra que más fama le dio y más ediciones y traducciones tuvo.

Pero su obra educativa por excelencia fue *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres*, que empezó con casi sesenta años. Su primera intención fue titularla *Traité des études classiques*, lo que habría sido más conveniente, pero cambió por consejo de algunos amigos. Esta elección del sintagma de moda, *belles-lettres*, para designar el currículo de la Facultad de Artes era ya un indicio, que reafirmó con su decisión de escribir en francés — pese a confesar que lo hacía mejor en latín —, de su propósito de renovar los estudios liberales.

Estructura. Así como el título y el idioma nos presentan una mentalidad abierta al cambio, la estructura de la obra revela la calidad didáctica del autor. En la primera edición, la perfecta ordenación del contenido empieza por el *Discurso*, compuesto en 1719 para agradecer al rey los privilegios concedidos a la universidad. Aunque pronunciado en latín, lo publicó en latín y francés a fin de ser entendido por sus compatriotas. En él, Rollin hace una alabanza de la Universidad de París, recuerda su glorioso pasado y su intención fundacional, la de acoger a todas las ciencias, pero, sobre todo, a ese género de conocimientos «que eleva y forma los espíritus en el gran arte de bien decir».

El *Discurso preliminar*, a continuación, consta a su vez de dos partes: la primera, de gran densidad pedagógica, tiene entidad por sí misma⁶. Es la reflexión de un maestro consagrado sobre los fines u objetivos de la educación universitaria. La segunda es una exposición del método de trabajo, muy clarificadora para el lector. Incluye además una reflexión «sobre lo que se denomina gusto», imprescindible para entender el giro moderno de los estudios literarios⁷.

El cuerpo de la obra está dividido en cinco libros, dedicados a las diferentes disciplinas: gramática francesa, griega y latina, poesía, retórica, historia, que, a su vez, comprende historia sagrada, fábula e historias griega y romana y, por último, filosofía y ciencias correspondientes. La sexta parte es un breve tratado sobre la organización colegial y la manera de conducir a los jóvenes. A este último apartado se le ha llamado también las 'Memorias de Rollin'.

⁵ Dicha obra la acabó su discípulo Crévier.

⁶ De hecho, se ha publicado por separado. El mejor y más reciente ejemplo es la edición introducida y anotada por LOMBARD, J.: *Discours préliminaire du Traité des études*, París, L'Harmattan, 1998.

⁷ Cf: PENALVA BUITRAGO, J.: «La teoría de la enseñanza en M. Montaigne», *Historia de la Educación*, Salamanca, 25 (2006), pp. 361-378.

Para la edición de 1734, Rollin compuso dos breves suplementos dedicados respectivamente a la educación de los niños y de las jóvenes, que indican el éxito de la obra, aunque no están a su altura. El autor, al carecer de la experiencia que anima el resto del tratado, escribe algo forzado. Como los humanistas precedentes, se basa en las *Instituciones Oratorias* de Quintiliano⁸, para aconsejar una instrucción temprana de carácter gramatical en la lengua materna y en los rudimentos de la latina. En cuanto a la educación de las jóvenes, se basa en los escritos de San Jerónimo y en la reciente obra de Fénelon, *Traité de l'éducation des filles* (1687), aunque las ideas básicas concuerdan perfectamente con una de las primeras obras modernas acerca de esta cuestión, *De Institutione feminae christianae* (1523), de Juan Luis Vives. El apartado tiene interés en cuanto que revela la finalidad a la vez instrumental y práctica que Rollin da a los estudios liberales, y sobre todo al estudio del latín, compatible con su virtualidad formativa. De ahí que no se los recomiende a las mujeres, ya que no van a dedicarse a funciones o profesiones públicas; pero, a la vez, los considere convenientes para ellas, aunque con moderación, en cuanto que mejoran las relaciones familiares y la vida de piedad.

Ediciones. Toda la obra de Rollin contó con numerosas ediciones y traducciones, muestra evidente de su éxito. Aquí se va a hacer un somero recuento de las principales ediciones del tratado dedicado a los estudios.

Hasta su muerte, en 1741, de esta obra se hicieron al menos seis ediciones: la primera, de 1726-1728, y las de 1728-1731 y 1732 (París, J. Estienne); la de 1734, con los suplementos ya indicados, y la de 1736 (París, V. d'Estienne), en la que anuncia su proyecto de escribir la historia de los grandes imperios antiguos, ambas en la imprenta de Estienne, ya a cargo de la viuda. También en 1736 hay una edición holandesa (Ámsterdam, Compagnie)⁹, y, finalmente, la de 1740, revisada y corregida por el autor (París, V. d'Estienne), en la que al título original precede ya el de *Traité des études*, con el que se conocerá posteriormente. Incluye un bello retrato de Rollin con ropaje de rector.

Tras su muerte, hay una edición de 1745 (Ámsterdam, P. Mortier), sobre la francesa de 1740; una de 1755 (Avinión, L. Chambeau) y otra, también holandesa, de 1759 (Leiden, J. de Wetstein).

De la imprenta de los Estienne salieron en la segunda mitad del siglo cuidadas ediciones, como las de 1748 (París, V. d'Estienne et fils) y las de 1755, 1765, 1770, 1775 y 1777 (París, Frères Estienne); en 1787, se publicó la que probablemente sea la última del siglo XVIII en Francia (París, Savoye y los Barrois).

Conviene recordar que a partir de 1762, fecha de expulsión de la Compañía de Jesús de Francia, el Parlamento, predominantemente galicano, dio mayor responsabilidad educativa a la Universidad, lo que redundó en una revalorización del tratado de Rollin. Hay que recordar también que en los nuevos planes de estudio, como el de La Chalotais, *Essai d'éducation nationale* (1763), se ensalzó frente a los escritos pedagógicos de

⁸ Quintiliano en esta época fue el autor clásico predilecto de los defensores de la tradición humanística frente a los ataques de los 'modernos'. Representa el buen gusto de la verdadera elocuencia, pero también es, para los 'antiguos', una autoridad en materia educativa. El P. Nicolas Gédoyne, traductor al igual que Rollin de las *Instituciones oratorias*, *Quintilien, De l'institution de l'orateur* (1718), reprocha a La Fontaine, alineado entre los 'modernos', una conocida fábula en la que se critica ásperamente la pedantería de los colegios universitarios. Con desdén, pasa por alto la ofensa e invita a leer a un autor más serio y juicioso, Quintiliano. Cfr. GÉDOYNE, N.: «De l'éducation des enfants», en *Oeuvres diverses de M. l'abbé Gédoyne*, París, Bure, p. 4.

⁹ Probablemente, la *Compagnie des libraires* de Ámsterdam.

los jesuitas, sin considerar lo que Rollin los había admirado, especialmente la *Ratio* de Jouvençy¹⁰. En otros casos, el *Traité des études* sirvió directamente de inspiración, como ocurrió con el proyecto de educación pública del presidente del Parlamento, Rolland d'Erceville, presentado ante las Cámaras en 1768.

Una vez superado el periodo revolucionario, la obra, que había seguido en estos años la triste suerte de la Universidad, se editó de nuevo en París. La primera edición es la de 1803: Huet; siguieron las de 1805, la misma edición estereotipada en 1811, 1813, 1819, 1824: Hénée; hay también una de 1807: J. F. Bastien; las ediciones de 1805, 1810, 1811: Herhan, anotadas por Guéneau de Mussy y Ambroise Rendu, pedagogos filojansenistas, la misma en Estrasburgo: Treuttel y Würtz; una de 1819: Didot le jeune, y otra en 1838: A. Saintin y Thomine.

Mención aparte merece la edición crítica del *Traité des études*, revisada por Letronne y anotada por Crévier, discípulo directo de Rollin, que tuvo, a su vez, diversas ediciones; la primera en *Oeuvres complètes*, 1821-1825; y en 1845, 1863, 1877, 1881, 1884 (París, Firmin-Didot).

Aparte de las obras completas de Letronne y Crévier, también se publicaron las anotadas por E. Bousson de Mairé (1826. Lons-le-Saunier, Escalle); las de Emile Bères (1817-1818. París, Ledoux et Tenré, y 1836-41 y 1845. París, Chamerot); así como las del historiador y político liberal François Guizot (1821-1827. París, E. A. Lequien). Para comprender el impacto de Rollin, habrá que considerar también los resúmenes y ediciones parciales del tratado de estudios para uso de los liceos y escuelas, como el de 1800 (París, Cérioux), el de 1808 (París, Levacher) o el de 1846 (París, M. Ardant); así como algunas publicaciones parciales con extractos del tratado, como las *Directions pédagogiques*, de Felix Cadet y Eugène Darin (1895. París, Ch. Delagrave).

La última edición del *Traité des études* fue probablemente la de 1884 de Firmin Didot, fecha que coincide con los profundos cambios introducidos en la educación francesa por la Tercera República, bajo el ministerio de Jules Ferry.

Traducciones. En Italia, la obra de Rollin que más éxito alcanzó fue su historia de los antiguos imperios. En cuanto al tratado de estudios, nada más aparecer fue traducido al italiano por el teólogo carmelita Arcangelo Agostini, que firmó con el seudónimo de Selvaggio Canturani, y contó con diversas ediciones a lo largo del siglo XVIII y algunas a comienzos del XIX, en distintas ciudades italianas. La primera fue la 1729 (más la de 1744 y 1774. G. Manfré, Padua); además las de 1759, 1771 y 1792 (Nápoles, A. Cervone); 1784 (Siena, G. Pazzini); 1792 (Venecia, G. Orlandelli) y la de 1796 (Nápoles, G. di Bisogno). En el siglo XIX, las de 1803 (Venecia, G. Rossi) y 1828 (Parma, P. Fiaccadori); también se publicó el *Discorso preliminar*, bajo el título de *Istruzione per la buona educazione de' fanciulli e delle giovanette* (1802. Rímìni, G. Marsoner, y 1820. Venecia, G. Picotti).

En Inglaterra, la traducción de la obra, con el título *The method of teaching and studying the belles lettres*, fue publicada por primera vez en 1734 (Londres, A. Bettesworth y C. Hitch) y contó al menos con seis ediciones más, la última de 1761. En 1769 apareció la edición de W. Strahan en Londres, que también tuvo diversas ediciones hasta finales de siglo; además la de 1773 (Edimburgo, Drummond); la de 1804 (Londres, W. J. and J. Richardson) y la de 1810 (Londres, W. Otridge).

¹⁰ Rollin, que había escrito ya tres libros de su tratado, confiesa que, si hubiese conocido antes la *Ratio*, no se habría animado a escribir en francés y alaba la pureza y la elegancia del latín de Jouvençy, así como la solidez de juicio y la piedad del jesuita [1, 46].

En la España borbónica, la pedagogía francesa tuvo una gran influencia y la obra educativa del 'piadoso' Rollin también tuvo una gran aceptación. La primera traducción de la que hay noticia es la del sacerdote D. Leandro de Tovar y Aveiro, *Educación de la juventud, conducta y obligaciones de los rectores de colegios, padres de familia, maestros y discípulos*, 1746 (Madrid, Antonio Sanz). Esta obra tuvo otra edición en 1833 (Madrid, Villaamil) y fue aprobada por Real orden de 1853 para la enseñanza en escuelas de instrucción primaria. Es la traducción del libro octavo.

También hay una influencia directa del *Tratado de estudios* de Rollin en la obra del sacerdote y pedagogo catalán Baldiri Reixac, *Instruccions per la ensenyança des minyons*, cuya primera parte, publicada en 1749, fue escrita durante su larga estancia en Ollers, para la educación de los niños de su parroquia y de la provincia. Quienes han cotejado ambas obras han señalado los diversos pasajes en los que, traducidas al pie de la letra o de manera adaptada, Reixac reproduce las ideas de Rollin¹¹.

La más completa traducción del *Tratado de estudios* fue, sin embargo, la de María Catalina de Caso, *Modo de enseñar y estudiar las bellas letras, para ilustrar el entendimiento y rectificar el corazón*, dedicada a la reina y publicada en cuatro tomos (1755. Madrid, Mercurio, vol. I; Madrid, G. Ramírez, II y III; Madrid, Herederos de A. Gordejuela, vol. IV). La obra viene precedida de las aprobaciones, licencias y dictámenes de rigor, muy laudatorios, aunque no falta algún comentario al hecho sorprendente de que la autora traduzca el «método», útil para la instrucción de la juventud, pero «seco y estéril», y no obras históricas de Rollin, más acordes al «genio de las mujeres»¹². Por su parte, la traductora la dedica a la reina porque Bárbara de Braganza, viuda de Fernando VI, acababa de fundar el monasterio de la orden de San Francisco de Sales, las salesas, para la educación y retiro de niñas o doncellas nobles. Tal vez esta asociación al mundo femenino fuera la causa de las dificultades para publicar la obra —debió de recurrir a diversos impresores— y de que no hubiera ediciones posteriores.

Pocos años más tarde, el sacerdote Joaquín Moles, teólogo y examinador de la Nunciatura de España, que además había sido catedrático de retórica, poesía y teología, tradujo la parte correspondiente a los dos suplementos sobre la educación de los niños y de las jóvenes, que según explica no estaban en la excelente obra de Catalina Caso, y los adaptó a la cultura española. Tituló este libro *Educación y estudio de los niños y niñas, y jóvenes de ambos sexos* (1769 y 1781. Madrid, M. Martín; 1793. Madrid, J. Blanques).

El tratado también influyó directamente en proyectos educativos como el *Plan de estudios* del ilustrado gaditano Juan Antonio González Cañaveras (1782. Madrid, J. Ibarra).

Ya en el siglo XX, Rufino Blanco y Sánchez reavivó su memoria con la obra (1935). *Rollin y el «Tratado de los estudios»*, Madrid, Hernando.

Valor y finalidad de la formación universitaria

A principios del siglo XVIII, en Francia empezaba insensiblemente a desmoronarse el modelo de secundaria diseñado por el Humanismo moderno. En parte,

¹¹ Cfr. *Instruccions per la ensenyança des minyons*, Barcelona, Universitat de Barcelona 1983, pp. 43 y ss.

¹² GALLO, N.: *Aprobación, Modo de enseñar y estudiar las bellas letras, para ilustrar el entendimiento y rectificar el corazón*, Madrid, Mercurio, 1755.

era la consecuencia académica de una quiebra más profunda con el pasado. El primero en romper esos lazos que unían el espíritu francés a la antigüedad fue Descartes; más recientemente, autores como Pascal, Perrault Malebranche o Fontanelle habían demostrado el valor del progreso frente al de la tradición en la interminable *querrela entre antiguos y modernos*. Aún faltaba el envite decisivo del siglo de las luces, pero, junto al nacimiento de una poderosa conciencia nacional, se vislumbraba ya el ocaso de los clásicos, el cambio de rumbo de la cultura y, en consecuencia, el nuevo enfoque de los estudios. La obra de Rollin, concebida a comienzos del XVIII, refleja todas esas tensiones, pero las supera ya que, como buen pedagogo, busca lo esencial, el alma de la educación, su verdadera razón de ser, que no son los programas, los métodos o cualquier otro aspecto de la enseñanza, sino la plena formación de los alumnos de la que se deduce todo lo demás¹³. Precisamente por eso, empieza su obra con una bellísima exposición del objetivo educativo de la universidad, enunciado en su triple dimensión: perfeccionar el intelecto, animar a la virtud, fomentar la piedad.

El primer objetivo consiste en cultivar el intelecto de los jóvenes mediante los buenos estudios, aquellos que han vivificado a los pueblos y transformado su rudeza en civilización. Este es el valor fecundador de la cultura, tan evidente en la historia como en la naturaleza. De aquí, a su vez, se desprenden sus beneficios individuales. Los *buenos estudios* o *estudios liberales* elevan la mente y dan fuerza y exactitud al pensamiento, son, por tanto, idóneos para formar la inteligencia.

La segunda finalidad tratada es la virtud, ya que «el fin de todos los estudios es hacer al hombre mejor», por eso se desestiman las ciencias vanas y se buscan las que hacen a los hombres «buenos hijos, buenos padres, buenos maestros, buenos amigos, buenos ciudadanos» [*Traité*, 1877, I, 9]. Rollin sabe, sin embargo, que se dirige a los universitarios. Hijo de artesano, había celebrado el decreto de gratuidad de 1719. La Universidad quedaba abierta a todos, pobres y ricos, pero, en último caso, a jóvenes que un día dirigirían la vida social, a unas elites en cuyas manos estaría la futura felicidad pública. Ante ellos despliega de nuevo los pensamientos de Séneca, inspirados en Platón, acerca de la necesidad de que los gobernantes sean personas de bien, así como el valor de los estudios liberales para disponer a la virtud. Este proyecto, sin embargo, siempre ha encontrado dos serias dificultades, la fecunda inclinación al mal de la naturaleza humana y la corrupción social. Rollin no exagera un extremo ni el otro —mucho menos entra en disputas doctrinales al respecto—, pero alerta sobre el último. Su conclusión es que el joven necesita evitar el contagio del «siglo presente» y, para ello, ser transportado a otro tiempo y espacio donde maestros en los que pueda confiar le hablen de la gloria, del honor, del desprecio de los placeres y riquezas, de la verdadera grandeza [*Traité*, 1877, I, 12]. Por supuesto, esos maestros son los «preceptores de la humanidad», los clásicos, que durante veinte siglos han educado a través de los preceptos, máximas o anécdotas que tachonan sus obras inmortales.

El último objetivo de los estudios universitarios es la «religión», cuestión que introduce con citas de Quintiliano acerca de cómo incitar a los discípulos a las

¹³ Como dijo más tarde SAINT-ALBIN: «Si la educación puede variar en su forma, su objetivo es invariable. Iluminar el entendimiento por medio de la ciencia, la razón, por la moral, el alma por la religión, tales son las tareas que Rollin le impone: el saber debe de consagrarse a la virtud, la virtud debe de consagrarse a la piedad». «Eloge», en *Oeuvres complètes de Rollin*, París, Didot le jeune, 1818, vol. 18, pp. 11-12.

buenas costumbres. Los desvelos de aquel hombre virtuoso son el sutil reproche que lanza a los maestros de su época. Ellos no deben limitarse a formar al hombre bueno, como aquellos magníficos paganos, sino que han de formar al buen cristiano: «Pero el verdadero objetivo de nuestros trabajos, el fin de todas nuestras instrucciones debe de ser la religión» [*Traité*, 1877, I, 22]. La exhortación de Rollin, apoyada en los reglamentos de la Universidad, surgía, sobre todo, de su profunda piedad. Como los humanistas cristianos de siglos anteriores, dio a los clásicos un valor relativo, subordinado siempre a la verdad cristiana; verdad que paganos ilustres de los primeros siglos, incluso ejemplares, como Quintiliano, llegaron a conocer y no quisieron admitir. Esta era la prueba del valor de la fe, don gratuito, sobre la razón, que el alumno debía de meditar. Para ello aconsejó la lectura diaria de las Sagradas Escrituras¹⁴, cuyo espíritu debía de ser vida en el maestro, que imbuido por la piedad sería, a imitación de San Agustín, un perfecto educador cristiano.

Rollin salvaba lo sustancial de la educación con argumentos bien conocidos, en los que se detecta también ese jansenismo austero, moral y agustiniano que prevaleció en Francia en estos años.

Modernidad y equilibrio de Rollin

El francés. El tratado de Rollin fue, sin duda, una defensa del valor formativo de las Humanidades, pero el cambio de mentalidad que experimentó la sociedad europea, de manera acelerada en el último tercio del XVII, le indujo a introducir concesiones a la modernidad, hasta cierto punto necesarias para la supervivencia de este legado. La más evidente fue la de romper la hegemonía cultural del latín al dar al francés el mismo rango que a las lenguas clásicas. La situación era propicia. El poder alcanzado por la monarquía francesa se transmitió también al propio idioma. Numerosas defensas de la lengua nacional la exaltaron por encima de cualquier otra, incluida la latina, o, incluso, sobre ella y, en consecuencia, sobre las demás lenguas europeas que derivaban del latín. De acuerdo con estos discursos, el francés era mucho más elocuente que los propios idiomas clásicos porque era la manifestación de la grandeza y la perfección alcanzadas por el espíritu nacional¹⁵. Por otra parte, se destacaban valiosas cualidades de la lengua francesa, pero sobre todo su belleza, categoría que había empezado a impregnar todos los ámbitos intelectuales.

El buen gusto. Lo bello se convertía en un tema que reunía dos condiciones muy apreciadas en los albores del XVIII. Por una parte, representaba una novedad, ya que, aunque tratado desde la Antigüedad, se creía que en veinte siglos no se había llegado a una definición precisa. Por otra, afectaba a una facultad humana

¹⁴ Es más, como rector la había establecido en la Universidad.

¹⁵ «Que cada uno habla como vive, para servirnos de la expresión de Quintiliano; si todo esto, digo, es verdadero, se puede asegurar que el Genio de los Romanos era muy depravado, muy grosero, falto de honestidad y que el Genio de los franceses es incomparablemente más civil y más elegante. Y esta misma intemperancia de palabras ha pasado con la Lengua Latina a la mayor parte de quienes la cultivan, que no sabrían sostener una opinión sino agríamente e insultando a sus adversarios de una manera que avergüenza a la profesión de la bellas letras». CHARPENTIER, F.: *De l'excellence de la langue française*, París, V. Bilaine, 1683, vol. II, pp. 624-625.

muy apreciada, pero también supuestamente desconocida, el *gusto*. Esta tendencia hizo que, hacia 1670, de los escritos franceses desapareciera el sintagma *buenas letras*, traducción del *bonae litterae* de los humanistas, para ser sustituido por el de *bellas letras*, cuya finalidad propia era la formación del *buen gusto*. El *Traité de beau* (1714) del filósofo suizo Crousaz, la primera reflexión estética del mundo moderno, anunciaba ya lo que además se convertiría en una apasionada controversia filosófica, con el trasfondo de las nuevas escuelas. Era, pues, una cuestión de moda que afectó a la educación y en concreto a los estudios nucleares de las facultades de artes, que significativamente pasaron a expresarse como *bellas letras*, *bellas artes* o *bellos conocimientos*. Estas circunstancias hicieron que Rollin en su tratado pedagógico tradujera la expresión latina *studio litterarum* por *belles-lettres*, lexía al uso que llevó al título en sustitución del originario *études classiques*, y que añadiera una reflexión especial sobre el *gusto*.

La utilidad. La otra medida que tomó para adaptar dichos estudios a las demandas sociales fue la de convencer —en lo que empleó todas sus armas de *rethor*— de la utilidad de una buena formación liberal. La secularización de la Facultad de Artes de París había iniciado su proceso en el siglo XV, precisamente al introducirse los estudios retóricos y romper el dominio de la filosofía y la teología. Con el trascurso del tiempo, a la Universidad se le fue solicitando un mayor perfil profesional. A comienzos del XVIII, en plena transformación social y con una fuerte competencia académica, se trataba ya de una exigencia. Rollin, como el gran humanista que fue, supo perfectamente explicar las ventajas prácticas del modelo educativo vigente, sin traicionar su principal beneficio que era la formación integral de la persona.

Rollin, que siguió la moda intelectual en cuestiones accesorias, no fue, sin duda, un innovador, ni las circunstancias lo habrían permitido, ya que la monarquía había estrechado con sus privilegios el control de la Universidad. De momento, lo conveniente, según juzgó, era afianzar los estudios de Artes con la cultura nacional, que además de su calidad intrínseca era un valor en alza, y convencer de los beneficios, incluso profesionales de la formación artística.

Este equilibrio que su obra transmite entre lo clásico y lo moderno, en una época que los había enfrentado hasta el absurdo, convirtió a Rollin —el ‘bueno’, el ‘moderado’, el ‘amable’...— en un verdadero referente para la educación, siempre tan necesitada de cordura y buen sentido. Su tratado fue así, durante siglo y medio, una obra imprescindible para los profesores de Secundaria, un nivel educativo muy zarandeado por los cambios sociales. Frente a la confusión, el manual del experto maestro ofrecía una exposición clara, sencilla y a la vez, de gran calidad docente de las disciplinas fundamentales, desde las gramáticas a la filosofía.

Un breve repaso a su obra puede dar una idea de cómo Rollin conjugó la novedad y la tradición en cada disciplina.

En *los estudios gramaticales* comenzó por introducir el de la *lengua francesa*. Esto fue una innovación aunque relativa, sobre todo en los círculos jansenistas. Francia contaba ya con excelentes manuales, por lo que Rollin sólo tuvo que escoger y optó por aconsejar el de Port-Royal, de Arnauld y Lancelot, *Grammaire générale et raisonnée* (París, 1660) y el más erudito del P. Regnier, *Traité de la grammaire française* (París, 1706), además de recomendar las observaciones sobre la lengua francesa de Vaugelas, Corneille (Thomas), el jesuita P. Bouhours o Ménage [*Traité*, 1877, I, 113]. Aconseja, sin embargo, que se prefiera la lectura

al aprendizaje de las reglas —lo que será su tónica para todo el currículo literario— y se seleccionen autores sólidos que con historias heroicas lleguen al corazón de los muchachos.

Hechos los honores a la lengua francesa, insistía en lo verdaderamente importante para perfeccionar el propio idioma: la traducción de los autores latinos y la composición. Estos ejercicios, concretamente algunos sobre pasajes muy selectos, convenían además para formar a «un sabio magistrado, un intendente de provincias, un hábil político» [*Traité*, 1877, I, 156].

El estudio del griego, el más comprometido¹⁶, comienza por un epígrafe sobre su «utilidad y necesidad». Rollin sabía que un siglo «enervado por las delicias y el lujo, no es capaz ya de una educación tan viril y vigorosa [como la de antaño]» [*Traité*, 1877, I, 159]. Hábilmente apela al glorioso pasado de Francia, recurso infalible en estos años, deudora como Roma del espíritu de Grecia, para mantener el estudio de su cultura. Ya no es el individuo, sino la nación, el Estado, la propia sociedad la que se vería comprometida seriamente si se alejara de la fuente de todos los conocimientos, de todas las ciencias. Además, como en Rollin hay siempre una honda preocupación religiosa, también alerta contra las malas traducciones de los Padres griegos o de decretos conciliares en dicha lengua, que, más allá de atentar contra el buen gusto, estaban suscitando enfrentamientos religiosos e incluso dando paso a ciertas herejías. En todo caso, le parece indispensable para proseguir estudios teológicos.

Respecto al latín, entender, escribir y hablarlo eran habilidades que aún no necesitaban justificación, ya que seguía siendo la lengua de la cultura y de las ciencias, por lo que Rollin pasa directamente el exponer el método de enseñanza y el canon de autores para los distintos niveles. Vuelve a recomendar una gramática de Port Royal, en este caso la latina, que no es perfecta, afirma, pero es la más conveniente. La obra citada, *Nouvelle méthode de Port Royal, pour apprendre facilement la langue latine* (1644) de Claude Lancelot intentó superar, como indica el título, la tediosa enseñanza del latín y, en concreto, desbancar el manual del príncipe de los gramáticos, Johannes de Spauter o Despautere (1460-1520), muy utilizado a comienzos del XVII en las escuelas francesas, que estaba compuesto de reglas amontonadas en «versos oscuros»¹⁷. Esta elección de Rollin lo sitúa una vez más en la nueva tendencia a desprender los estudios artísticos de su rigidez técnica y memorística para acogerse a la vieja fórmula de Ramus: *Pocos preceptos y mucho uso*.

Rollin entró también, cómo no, en la selección de autores, uno de los mayores quebraderos de cabeza de la educación humanística a través de los siglos. La elegancia y pureza del latín de los más frívolos, cuando no obscenos, como Marcial, Juvenal, Horacio o Terencio, habían supuesto un interminable conflicto. En el siglo XVII, la lectura de este último fue finalmente prohibida en los colegios de la Compañía de Jesús, pero se permitía, en formato adaptado, en las estrictas escuelas de Port-Royal. Rollin, una vez más de acuerdo al criterio de su conciencia, lo consideró inconveniente y propuso la lectura de un *Terencio cristiano*¹⁸.

¹⁶ «La mayor parte de los padres consideran absolutamente perdido el tiempo que se les obliga a sus hijos a dedicarle a este estudio [...] ellos también aprendieron el griego en su juventud y no recuerdan nada» [*Traité*, I, 169].

¹⁷ Cfr. LANCELOT, C.: *Nouvelle méthode de Port Royal*, París, V. Mabre Cramois, 1696, (8.ª ed.), XVII.

¹⁸ Se trata de la obra de Cornelio Schonaeus titulada *Terentius christianus*, publicada en Colonia en 1594, aunque Rollin la fecha en 1604. Consistía en una serie de comedias, escritas a imitación del estilo de Terencio, pero con temas extraídos de las Sagradas Escrituras.

Tras los estudios gramaticales, el programa, centrado ya propiamente en las bellas letras, continuaba con la *poesía*, un asunto igualmente espinoso, pues «concedida unánimemente por los Padres, e incluso por los paganos, ¿puede permitirse en las escuelas cristianas?» [*Traité*, 1877, I, 251]. La disquisición de Rollin es amplia y profunda y no sin motivo acaba con un apéndice dedicado a Homero. Como en una disputa consigo mismo, Rollin plantea los argumentos en contra de la poesía de los paganos —para él, la auténtica poesía— y los argumentos a favor, siempre desde una óptica cristiana que concluye en una apasionada defensa. Si bien las principales razones para ella se basan en el buen sentido, Rollin retoma una vieja tradición que hace de los poetas clásicos, el primero de todos Homero, los primitivos seguidores de la sabiduría transmitida por Moisés; los versos de estos teólogos del paganismo, con sus verdades veladas, habrían inspirado, a su vez, a los filósofos que, avergonzados de esas manifestaciones populares, propugnaron una religión más pura. La teoría, que en el mundo cristiano se hacía remontar a Clemente de Alejandría, acababa de exponerse de nuevo en la obra del conocido y prolífico autor P. Louis Thomassin, sacerdote del Oratorio, *La méthode d'étudier et d'enseigner chrétiennement et solidement les poètes, par rapport aux Lettres Divines, et aux Ecritures saintes* (1681-1682. París, Rouland). La poesía pagana quedaba en cierto modo absuelta y podía presentarse con toda su profunda y conmovedora belleza¹⁹ ante quienes sólo veían en ella ridículas historias de dioses. Rollin también deja ver su veta clásica, pese a sus esfuerzos modernizadores, cuando dice que no hay tiempo para los poetas franceses, y deja caer que tampoco convienen a los jóvenes. Por su parte, la utilidad de la poesía para la vida común, cuestión que Rollin no deja pasar, quedaba a su vez asociada a la música y a la composición de himnos, odas o poemas, actividad muy demandada en la época.

Estos estudios abocaban a la *retórica*, disciplina de rango superior dentro de las bellas-letras. Su categoría era indiscutible, así como la importancia de la *eloquencia* para la vida pública, civil y religiosa. Rollin, antiguo profesor y experto en dicha materia, le dedicó dos libros, el IV y el V, probablemente los más 'modernos' de todo el tratado de estudios, ya que da más juego al francés y aligera la disciplina del peso normativo. Si anteriormente se había mostrado reticente a la literatura francesa, al menos entre líneas, ahora recomienda abiertamente las grandes obras de su época, desde las sencillas fábulas de La Fontaine, a la célebre oración fúnebre de Jules Mascaron²⁰, al igual que aconseja dar más relevancia a la lectura y a la composición que al estudio de los preceptos. La modernidad de Rollin, sin embargo, surgía de la tradición, ya que, según él, se apoyaba en las teorías pedagógicas de los mejores rétores clásicos y, en concreto, en la de Quintiliano, pese a lo cual, esta enseñanza en vernáculo y basada en ejemplos fue muy criticada. El más contundente fue Balthazar Gibert (1662-1741), uno de los defensores de la vieja tradición retórica en el siglo XVII, quien acusó además a Rollin de malinterpretar a Quintiliano²¹. La disputa académica entre estos dos profesores,

¹⁹ Con su habitual sinceridad, Rollin dice que le conmueven infinitamente más los versos griegos que los franceses porque son más sencillos y eso es la belleza [*Traité*, 1877, I, 318].

²⁰ Mascaron, sacerdote del Oratorio y predicador en la corte de Luis XIV, hizo esta oración, a la muerte del vizconde de Turenne, en 1675, que fue considerada como una pieza maestra del género.

²¹ «Y no debemos soportar que se diga que es Quintiliano quien da esta idea, o quien la recomienda, porque este autor no piensa en ello. Para más seguridad, Señor, os puedo asegurar que la opinión de Quintiliano es también la de San Agustín en el cuarto libro de la *Doctrina cristiana*. Este santo

sin ser Rollin un innovador precisamente, reflejaba por otra parte cómo se abrían paso las nuevas tendencias, así como las fuertes resistencias al cambio que se daban en estos años.

La *historia*, que impregnaba todo el currículo y constituía una importante disciplina, fue, después de la *retórica*, la pasión del moderado Rollin, como demuestra el amplio tratamiento que le dio en su libro antes de escribir la de los antiguos imperios. La preeminencia la tenía la historia sagrada contenida en el libro más antiguo del mundo, donde Dios dio a conocer, antes de la llegada de Jesucristo, «quién es el Él, quiénes somos nosotros, a qué estamos destinados» [*Traité*, 1877, II, 230].

En cuanto a la profana, aunque en menor medida, también constituía un rico depósito de valores por lo que era indudable su categoría educativa. Sin embargo, Rollin tropezó con el problema del incremento natural, e inevitable, de esta disciplina y optó por limitarla cronológica y geográficamente al ámbito que después desarrolló en su obra. La enseñanza se encerraba así en la historia de los judíos, griegos y romanos e ignoraba la gloriosa historia medieval y moderna de Francia, tal como se explicaba en las escuelas del Oratorio o de Port-Royal. Esto, que fue muy criticado por quienes habían alabado su apertura a la cultura patria, era una prueba de que, a pesar de su esfuerzo de adaptación a un siglo atormentado, Rollin nunca dejó de ser un humanista enamorado de los valores sublimes e intemporales del mundo clásico.

El curso completo de la Facultad de Artes terminaba con la *filosofía*, habitualmente dos años dedicados a formar el juicio mediante la *lógica*, la *ética* y las *ciencias naturales*. Esta parte de la formación universitaria fue, sin embargo, apenas esbozada en la obra de Rollin. Cuantitativamente el apartado ya es insignificante. Según un análisis de Philippe Caron, la parte proporcional a la filosofía en el *Tratado de estudios* es del 4%²². Pero lo más débil es su contenido. Desde la primera línea Rollin deja clara su total ignorancia y avisa de que se limitará a seguir la famosa *lógica* de Port Royal, es decir, el *Arte de pensar* de Arnauld. Por su parte, lo único que sabe y quiere hacer es exhortar al estudio de la filosofía para cumplir debidamente con Dios y con la sociedad; acaba el apartado con algunas nociones supuestamente científicas sobre el cuerpo humano y sobre los seres vivos en orden de aparición sobre la tierra. Sin duda es sincero cuando se confiesa lego en estas materias, pero no es del todo verídico. Su propia condición de universitario y algunas de sus reflexiones —especialmente su teoría sobre el gusto de influencia cartesiana—²³ dan razón de al menos una cierta formación filosófica; por otra parte, no habría tenido que importar su falta de solidez,

quiere que se instruya a los niños por preceptos y que las personas avanzadas se instruyan más bien por ejemplos». GIBERT, B.: *Observations adressées à M. Rollin, sur son traité De la manière d'enseigner et d'étudier les belles-lettres*, París, L'Hermitte, 1727, p. 69.

²² Según dicho análisis, dedicó un 10% a la *gramática*; un 10%, a la *poesía*; un 24% a la *retórica*; un 33% a la *historia* y un 4% a la *filosofía*. Cfr. CARON, Ph.: *Des «belles lettres» à la «littérature»: une archéologie des signes du savoir profane en langue française (1680-1760)*, Lovaina, Peeters, 1992, p. 123.

²³ «[El gusto] es una razón natural perfeccionada por el estudio». Es, según dice al desarrollar esta definición, una capacidad de discernimiento en la que están insitos unos principios o semillas, en su origen simples y primitivos, que se guían al comienzo por los sentimientos, sin que puedan explicarse las verdaderas razones, y que pueden atrofiarse o torcerse, por lo cual deben ser debidamente cultivados [*Traité*, 1877, I, 34].

ya que su propuesta era explicar los estudios en la Facultad de Artes e informar «fielmente de todo lo que se ejecuta desde hace mucho tiempo en los colegios y en la universidad» [*Traité*, 1877, I, 43, 44]. Todo ello permite pensar que la debilidad que Rollin quiere mostrar es, en buena medida, la de sus maestros, aquellos peripatéticos que dominaban en la Universidad de París. Sin cargar las tintas pero con firmeza, les achaca su ignorancia, ya que si hubieran sido tan buenos como los que hay ahora, «a lo mejor le habría cogido el mismo gusto [a la filosofía] que a los estudios de bellas letras». Esta alabanza a los maestros de su época queda sin justificar, pero lo que piensa Rollin queda claro sobre todo cuando invita a leer lo que al respecto escribe Fleury en su conocido tratado (1686) y que en resumen consiste en enseñar nociones de lógica y metafísica de manera sencilla y mejor mediante ejemplos familiares, como Platón, y no por preceptos abstrusos como Aristóteles²⁴.

Rollin acaba su obra con un libro sobre la vida colegial en el que se ha querido ver un compendio de las reformas que introdujo en el *Collège de Beauvais*. Mejor se diría que es un digno remate al tratado de estudios, en el que se combinan la experiencia y, de nuevo, los impercederos consejos extraídos de la pedagogía greco-latina; también puede considerarse un resumen de las principales ideas educativas de Rollin. Como colofón a su obra es en algunos aspectos repetitivo y lo mismo se puede decir de su recurso a los clásicos, así ocurre cuando desarrolla de nuevo la importancia de la educación, sus fines, las ventajas e inconvenientes de la educación pública o aconseja sobre la administración de premios y castigos. Este último libro, sin embargo, adquiere más valor si se interpreta como un resumen de los ideales educativos, contrastados con la práctica docente, de su autor.

Conclusión

A modo de conclusión, se puede afirmar que el éxito de Rollin se debió a su sereno equilibrio, cualidad que, unida a su bondad, lo convirtió en uno de los hombres que menos enemigos y más admiradores tuvo en una época de rencillas. Los numerosos elogios que se le hicieron destacaron muchos matices de su extraordinaria personalidad, pero, sobre todo, su amable modestia, superficie de un alma profundamente cristiana. Este espíritu se transfirió a su obra y especialmente a la dedicada a la formación universitaria. Tras una vida de entrega al estudio y la docencia, en un momento crucial para la cultura europea, Rollin comprendió que debía armonizar los impercederos valores de la educación clásica y las exigencias del mundo moderno. La adaptación era, por lo demás, necesaria, pero sintetizar todos los elementos en juego y contrastarlos con una realidad escolar en plena transformación requería una gran sensibilidad y moderación. Estas cualidades fueron las que Rollin aportó a una obra cuya pervivencia habla por sí misma del acierto con que fue escrita.

²⁴ Cfr. FLEURY, C.: *Traité du choix et de la méthode des études*, Bruselas, t'Serstevens, 1729, p. 191.

Referencias bibliográficas

Fuentes

- CHARPENTIER, F.: *De l'excellence de la langue française*, París, V. Bilaine, 1683, vol. II, pp. 624-625.
- FLEURY, C.: *Traité du choix et de la méthode des études avec le devoir des maîtres et des domestiques*, Bruselas, t'Serstevens, 1729.
- GÉDOYN, N.: «De l'éducation des enfants», en *Oeuvres diverses de M. l'abbé Gédoyen*, París, Bure, 1745.
- GIBERT, B.: *Observations adressées à M. Rollin, sur son traité De la manière d'enseigner et d'étudier les belles-lettres*, París, L'Hermitte, 1727.
- GONZÁLEZ-AGÁPITO, J. y MARQUÈS, S.: *Instruccions per la ensenyança des minyons*, Edición y estudio introductorio, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1983.
- LANCELOT, C.: *Nouvelle méthode de Port Royal, pour apprendre facilement la langue latine*, París, V. Mabre Cramois, 1696.
- ROLLIN, Ch.: *De la manière d'enseigner et d'étudier les Belles-Lettres par rapport à l'esprit et au cœur*, París, Fr. Estienne, 1765.
- *Oeuvres complètes de Rollin*, vol. 18, París, Didot le jeune, 1818.
- *Traité des études*, Edición revisada por Antoine-Jean Letronne y acompañada de las anotaciones de Jean Baptiste Louis Crévier, París, Firmin-Didot, 1877, vols. I, II, III.

Bibliografía

- ARADRA SÁNCHEZ, R. M.: *De la retórica a la teoría de la literatura: siglos XVIII y XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997.
- CARON, Ph.: *Des «belles lettres» à la «littérature»: une archéologie des signes du savoir profane en langue française (1680-1760)*, Lovaina, Peeters, 1992.
- CHATEAU, J. (coord.): *Los grandes pedagogos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- FERTÉ, H.: *Rollin, sa vie, ses œuvres*, París, Hachette, 1902.
- GAZIER, A.: «Rollin, défenseur de l'Université contra les jésuites», en *Melanges de littérature et d'histoire*, París, Armand Colin, 1904, pp. 183-193.
- GRANDIÈRE, M.: *L'Idéal pédagogique au dix-huitième siècle*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998.
- JOURDAIN, Ch.: *Histoire de l'Université de Paris au XVII^e et au XVIII^e siècles*, París, Hachette, 1852.
- MEDINA ARJONA, E.: Las traducciones de Charles Rollin y su lugar en la bibliografía española del siglo XVIII, <http://www.cervantesvirtual.com/.../las-traduccion-de-charles-rollin-y-su-lugar-en-la-bibliografa-pedaggica-espaola-del-siglo-xviii-0/>, 1999 (9/11/2011).
- WARNICK, B.: «A minor skirmish: Balthazar Gibert versus Charles Rollin on rhetorical education», en *Rhetoric and pedagogy: its history, philosophy, and practice*, N. Jersey, Erlbaum, 1995, pp. 173-182.